

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
y de espalda á la barrera,  
en la arena del estadio,

La guardia tudesca en ala,  
parece un muro de paño,  
rojo y jalde, con cornisa  
hecha de rostros humanos,

Sobre la cual vuelan plumas  
en lugar de jaramagos,  
y brillan las alabardas  
heridas del sol de mayo.

Los alguaciles de corte  
con sus varas en la mano,  
á la jineta, en rocines  
están en fila á los lados.

El rey, la reina, los grandes,  
las damas, los cortesanos,  
los tudescos y alguaciles,  
el inmenso pueblo, y cuantos

En la plaza están, los ojos  
tornan de Toledo al arco,  
por cuya barrera asoma  
un caballero á caballo.

—o—

Vese en medio de la arena,  
furia y humo respirando,  
los ojos como dos brasas,  
los cuernos ensangrentados,

Con la pezuña esparciendo  
ardiente polvo, el mas bravo  
retinto, á quien dió Jarama

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
yerba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almohadilla  
de su cuello erguido y alto  
hierro alguno, ni ha embestido  
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas  
y moribundos caballos,  
se ostenta como el guerrero,  
que se corona de lauro,

Entre rendidos pendones,  
sobre muros derribados :  
del Genio del exterminio  
parece emblema y retrato.

—o—

En un tordillo fogoso,  
de africana yegua parto,  
que de alba espuma salpica  
el pretal, el pecho y brazos ;

Que desdeñoso la tierra  
hiere á compas con los cascos ;  
que una purpúrea gualdrapa  
con primorosos recamos,

De felpa y ante la silla,  
en el testero un penacho,  
la cabezada y rendaje  
de oro y seda roja, y lazos

En el codon y en las crines  
soberbio ostenta y ufano ;  
á combatir con el toro  
sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla  
de terciopelo, mas blanco  
que la nieve, de oro y perlas,  
trenzillas y pasamanos ;

Las cuchilladas, aforros,  
vueltas y faja de raso  
carmesí ; calzas de punto,  
borceguíes datilados,

Valona y puños de encaje ;  
esparcen reflejos claros  
en su pecho los rubíes  
de la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo  
de diamantes, sujetando  
seis blancas gentiles plumas,  
corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,  
en la diestra lleva en alto  
un pequeño rejoncillo  
con la cuchilla de á palmo.

Acompañanle dos pajes  
á pié, de uno y otro lado,  
y llevan las rojas capas  
prontas al lance en la mano :

Síguenle sus escuderos  
y un gran tropel de lacayos,  
los que por respeto al toro  
se van haciendo reacios.

—o—

Puesto en medio de la plaza

personaje tan bizarro,  
saluda al rey y á la reina  
con gentil desembarazo.

Aquel, serio corresponde,  
esta muestra sobresalto,  
miéntras el concurso inmenso  
prorumpen en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Társis,  
caballero cortesano,  
conde de Villamediana,  
de Madrid y España encanto

Por su esclarecido ingenio,  
por su generoso trato,  
por su gallarda presencia,  
por su discrecion y fausto.

Gran favor se le supone,  
aunque secreto, en palacio,  
pues susurran malas lenguas...  
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,  
y es poner puertas al campo,  
querer de los maliciosos  
sellar los ojos y labios.

—o—

Valiente Villamediana,  
cortas las riendas y bajo  
del rejoncillo el acero,  
vase al toro paso á paso.

Este cabecea, bufa,  
la tierra escarba marrajo,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
y espera instante oportuno  
en que partir como el rayo.

El paje de la derecha  
con grande soltura y garbo  
á la fiera irrita y llama,  
la capa ante ella ondeando.

Embiste pues, el ginete  
tuerce el bridon, de soslayo  
pasa el toro, el otro paje  
con la capa hace un engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo  
lo pára. Determinado  
le ostiga de frente el conde ;  
torna á embestir rebramando

El jarameño ; parece  
que el caballero y caballo  
van á volar á las nubes,  
cuando de la fiera intactos

En primorosas corvetas  
se separan y con saltos.  
Un punto el toro vacila  
bramido ronco lanzando,

Y desplómase en la tierra,  
haciendo de sangre un lago  
con el torrente que brota  
por la cerviz, do clavado

Medio rejon aparece ;  
que el otro medio en la mano  
del noble y valiente conde  
va al concurso saludando.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Por balcones y barandas,  
vallas, barreras y andamios,  
formando una riza nube,  
ondean pañuelos blancos ;

Y, *viva!* el pueblo repite,  
y los caballeros, *bravo!*  
y, *qué galan!* las mujeres,  
haciendo lenguas las manos.

La reina, que sin aliento  
los ojos desencajados  
en jinete y toro tuvo,  
vuelve, ansiosa respirando ;

“ Qué bien pica el conde ! ” dice,  
y, “ Muy bien, ” los cortesanos  
repiten. El rey responde :  
“ Bien pica, pero muy alto ; ”

Y en el rostro de la reina  
clavó los ojos un rato.  
Esta demudóse, y todos  
los señores de palacio,

En quienes opinion propia  
fuera un peregrino hallazgo  
repitieron, no sabiendo  
lo que decían acaso,

Y de entrambas majestades  
quiere seguir el rastro :  
“ Pica muy bien ; mas debiera  
“ haber picado mas bajo.”

—o—

Dos toros mas se corrieron,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA,  
 en que caballeros varios  
 con gala y con valentía  
 gran destreza demostraron ;

Mas es pretender lucirlo  
 despues del conde gallardo,  
 exceso del amor propio,  
 cuyos esfuerzos son vanos.

Ser en punto medio día  
 las campanas avisaron  
 de santa Cruz en la torre.

En su carroza á palacio

Retiráronse los reyes,  
 tras ellos los cortesanos,  
 y aquel inmenso gentío,  
 la plaza desocupando,

Se apiñó en arcos y puertas,  
 haciendo un todo compacto,  
 que por las primeras calles  
 rompió ; que luego en pedazos

Por otras mas dividióse ;  
 despues en grupos, que al cabo  
 reducidos á familias,  
 muy pronto se dispersaron.

Tal vez así se desagua  
 un artificial pantano,  
 cuando se abren las compuertas  
 del malecon, y apretados

Torrentes por ellas salen,  
 que luego en arroyos varios  
 se dividen, y se pierden

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
 finalmente por los campos.

—o—

## ROMANCE II.

### LAS MASCARAS Y CAÑAS.

SIGUIÓ el festejo á la tarde,  
 y llenóse la gran plaza  
 con el pueblo y con la corte,  
 cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas  
 que la regia villa paga,  
 para celebrar el nombre  
 del poderaso monarca.

De clarines y timbales  
 al son que asorda las auras,  
 y al de orquestas numerosas  
 que entonan guerrera marcha,

En órden y á lento paso  
 numerosas mascaradas  
 entran por partes distintas,  
 y al rey y á la reina acatan.

De los reinos diferentes  
 que el reino forman de España,  
 ostenta cada cuadrilla  
 distintivos y antiguallas,

Arbolando un estandarte  
 con el blason de sus armas ;  
 y de su música propia  
 al compas de las sonatas,

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Mézclanse ligeras luego,  
formando mímica danza,  
en concertado desórden  
de figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes  
de la indómita Cantabria,  
de los fieles castellanos  
las dobles cueras y calzas ;

Las fulgentes armaduras,  
de los infanzones gala,  
del ligero valenciano  
los zaragüelles y mantas ;

De chistosos andaluces  
los sombrerones y capas,  
y las chupas con hombreras  
y con caireles de plata :

Los turbantes granadinos,  
jubas, albornos, fajas ;  
los terciopelos y sedas  
de vestes napolitanas :

De la Bélgica los sayos  
con sus encajes y randas ;  
los milaneses justillos  
con las chambergas casacas ;

Y las esplendentes plumas  
teñidas de tintas varias,  
con los arcos y las flechas  
que el cacique indiano gasta ;

Forman un todo indeciso  
que cubre la extensa plaza

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

de movibles resplandores,  
de confusión bigarrada.

Parece que está cubierta  
con una alfombra persiana,  
cuyos matices se mueven  
al conjuro de una maga.

Aquí añafles moriscos,  
allí tamboril y gaita,  
mas allá trompas guerreras,  
acá sonoras flautas :

Las antárticas bocinas  
en un lado, las guitarras  
y crótales, en el otro  
los caracoles de caza,

Forman estruendo confuso,  
en que ya el acorde falta,  
y que llenando el espacio,  
aun mas aturde, que halaga.

Por fin terminado el baile,  
sepáranse las comparsas,  
y acia lados diferentes,  
en órden puestas, descansan ;

Y cada una se dirige,  
según la suerte la llama,  
á saludar á los reyes  
con solemnidad y pausa,

Y doblando la rodilla,  
ofrecen á su monarca  
un rico don de productos  
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,  
el circo desembarazan  
á los nobles caballeros,  
que salen á correr cañas.

—o—

Por la izquierda y la derecha  
á un tiempo entraron galanas  
dos diferentes cuadrillas,  
que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,  
compitiendo en garbo y gala,  
de doce nobles jinetes  
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo  
de gentileza y de gracia,  
es caudillo de la una ;  
de la otra es Villamediana.

Aquel, en caballo negro  
enjaezado de plata,  
de terciopelo amarillo  
con celestes cuchilladas,

Vestido sale : figura  
con argentinas escamas  
peto y espaldar, y azules  
lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,  
cuya crin el oro enlaza,  
ostenta un rico vestido  
de terciopelo escarlata :

El arnes de hojuelas de oro

y de rica seda blanca,  
con brillantes bordaduras  
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas,  
acia el regio balcon ambas  
al paso la pista siguen  
de los gefes que las mandan ;

Y el concurso en gran silencio  
curioso la vista clava  
de los dos gallardos condes  
en las brillantes adargas,  
Pues logrando de discretos  
y de enamorados fama,  
interesa á todo el mundo  
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,  
de la que el vuelo levanta  
el fénix con este mote :

*Me da vida quien me abrasa.*

Un letrado solamente  
es la de Villamediana  
que dice : *Son mis amores...*  
y luego reales de plata,

Puestos cual si fueran letras,  
con que aquel renglon acaba.  
La empresa de Orgaz la entienden  
todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.  
La del de Villamediana  
despierta mas confusiones,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene  
el jóven galan que alcanza  
favores de una señora,  
á la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto  
y de sacarlos á plaza :  
vanidad de enamorados  
que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden  
que las monedas declaran ;  
mas por miedo disimulan  
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan  
los cascos por descifrarla :  
“ *Son mis amores dinero,* ”  
repiten ; pero no cuadra

Con el carácter del conde  
esta explicacion villana.  
“ *Mis amores efectivos*  
“ *son,* ” dicen otros : bobada !

Velasquillo el contrahecho,  
enano y bufon que alcanza,  
no sin despertar envidia,  
gran favor con el monarca,

A disgusto de los grandes  
en el balcon regio estaba,  
malicias diciendo y chistes,  
con insolencia y con gracia ;

Y ó por faltarle su astucia

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
entónces, ó porque trata  
de vengarse del desprecio  
con que la reina le acaba ;

O porque ve de mal ojo  
al noble Villamediana,  
ó por gusto de hacer daño,  
que es de tales bichos ansia ;

Dijo : “ Ta, ta ; ya comprendo  
“ lo que dice aquella adarga :  
“ *Son mis amores reales,* ”  
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo  
y conteniendo la saña,  
“ Pues yo se los haré cuartos, ”  
respondió al punto en voz baja.

Le oyó la reina, y quedóse  
inmóvil como una estatua,  
pálida como la muerte,  
hecha pedazos el alma.

—o—

Las cuadrillas empuñando,  
en vez de robustas lanzas,  
de cintas y oro vestidas  
leves quebradizas cañas,

Se embistieron.... Imposible  
es ya que encuentre palabras  
con que describir la fiesta :  
mi atencion la reina embarga.

Pobre señora ! tampoco  
merece versos y fama

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
tal diversion, ya reflejo  
débil, copia degradada

De las justas que ha dos siglos  
los caballeros usaban  
con gloria; que nunca gloria  
en donde hay peligro falta,

Y en que las picas de guerra  
dobles petos abollaban,  
no los juncos inocentes  
sedas, brocados y holandas.

—o—

## ROMANCE III.

## EL SARAO.

MIENTRAS que la monarquía  
se desmorona y el borde  
toca de una sima horrenda,  
duermen en pueriles goces,

Entre placeres se aturden,  
deleites solo conocen,  
sin cuidarse del peligro,  
el rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,  
así desdichas atroces  
sobre una infeliz familia  
el ciego Destino pone;

Y en tanto el imbécil rie,  
duerme el embriagado jóven,  
y el niño con sus juguetes  
es el mas feliz del orbe.

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Si alegre fué todo el dia  
con públicas diversiones,  
con sarao y luminarias  
no lo fué ménos la noche.

El pueblo las anchas calles  
en gozosas turbas corre,  
para ver iluminadas  
las casas de los señores.

En las plazas principales  
suenan músicas acordes,  
y farsas se representan  
del rey celebrando el nombre.

—o—

Del palacio del Retiro  
llenos están los salones  
de todo el fausto y la gala,  
que son honra de la corte.

En los soberbios jardines  
brillan vasos de colores,  
que en el estanque reflejan  
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio  
las densas tinieblas rompe,  
y rastros de luz envía  
á las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan  
los nublados tronadores,  
dijérase, que la tierra  
se estaba vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,

girando luego veloces  
en atmósfera de chispas,  
parecen mágicos soles;

Mas pronto en huecos tronidos,  
de humo blanco alzando un monte,  
se disipa y desaparece  
aquel gigante enorme

De luz, que ofuscó los astros,  
y que deslumbró á la corte,  
como trasunto ú emblema  
del orgullo de los hombres.

—o—

En el salon de los reinos,  
donde el trono de dos orbes  
de oro y terciopelo estriba  
en colosales leones,

El rey está con las damas,  
la reina con los señores,  
y chocolate y conservas,  
y helados pasan en órden,

En marcelinas de oro  
y en bandejas cuyos bordes  
lucientes piedras adornan  
en caprichosas labores.

En seguida se bailaron,  
al compas de alegres sonos,  
las folías y chaconas,  
y aun zarabandas ignobles.

De cada señora al lado  
sitio un caballero escoge,

y en un cojín para hablarle  
la rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos  
lo mas rico y lo mas noble  
de Madrid y España asiste,  
y extranjeros de alto porte.

Estaban pues.... ¡ de qué sirve  
que el tiempo perdamos, nombres  
ya olvidados repitiendo,  
y que alcanzaron entónces

Boga por riqueza y sangre,  
mas que hoy ya nadie conoce ?  
De conocidos hablemos,  
de amigos nuestros, de hombres,

Que aun los vemos y tratamos,  
aunque ha dos siglos que esconde  
sus cenizas el sepulero,  
sima que todo lo sorbe.

—o—

En un lado de la sala  
estaba el famoso Lope,  
el fénix de los ingenios,  
con el cabello y vigote

Blancos como pura niéve ;  
y al traves se reconoce  
de sus clericales ropas  
que fué guerrero de jóven.

La insignia adorna su pecho  
de la hospitalaria órden,  
y el fuego brilla en sus ojos

EL CONDE DE VILLAMEDIANA,  
que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero,  
cabeza gorda, deformes  
los piés, de negro azabache  
melena y barba, mas noble

Aspecto: diciendo chistes  
está, y resuenan conformes  
carcajadas y aun aplausos,  
en cuantos hablar le oyen

Es don Francisco Quevedo,  
á quien un clérigo torpe  
ya por la edad, ceceando  
y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte  
don Luis Góngora y Argote,  
del nuevo estilo de moda  
inventor, coluna y norte.

El padre Paravicino,  
que de sabio alto renombre  
goza, y á Madrid encanta  
por sus peinados sermones,

Tambien es del corro; y luego  
en él ufano ingirióse,  
aun tan niño que en sus labios  
ni bozo se ve que asome,

Don Estévan de Villégas,  
español Anacreonte,  
en versos cortos divino,  
insufrible en los mayores.

En una pausa en el baile,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA,  
de Villamediana el conde,  
que ha danzado con la reina,  
alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca  
entre los otros mostróse,  
Acaba de publicarse  
su poema de *Factote*,

En aquel tiempo un prodigio,  
que hoy tiene apénas lectores;  
obra de perverso gusto  
y de hinchados clausulones

Góngora, que envanecido,  
un adepto de alto nombre  
ve en tan claro personaje,  
sus encomios prodigóle;

Y todos le celebraban,  
aunque yo decir no ose,  
si sus versos aplaudían,  
ó su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,  
en quien se juntan los dotes  
de historiador y poeta  
con los bélicos blasones;

Allí está, aunque taciturno:  
sin duda abriga temores  
de que el duque de Braganza  
su osado intento no logre.

El gran don Diego Velázquez,  
de pinceles españoles  
gloria, tambien conversaba

EL CONDE DE VILLAMEDIANA  
con tan famosos autores ;

Pero lo que dicen ellos,  
parece que apenas oye,  
porque de Rúbens los cuadros  
con gran encanto recorre ;

Y en aquel retrato ecuestre  
del Emperador, en donde  
apuró Ticiano el arte,  
los ojos árabes pone.

Tambien el rey un momento  
afable al corro acercóse,  
hablando de una comedia  
que salió al público entónces,

Y cuyo autor se nombraba  
*Un ingenio de esta corte.*

A la cual, aunque por cierto  
era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios,  
y de portento renombre,  
pues que es obra del rey mismo,  
no hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,  
saludos y adulaciones  
recibiendo del concurso,  
con aire altanero y noble

El conde-duque : se llegan  
las grandes y embajadores  
para hablarle, el rey Felipe  
con gran cariño le acoge ;

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Y con él, y con el Nuncio,  
y un milanés enredóse  
en importante coloquio,  
que su atencion regia absorve.

La reina, que en gallardía  
á todas se sobrepone,  
y cuyos hermosos ojos,  
brillantes como dos soles,

En Villamediana tuvo  
clavados toda la noche,  
viendo al rey, y al favorito  
con aquellos dos señores

Extranjeros en consulta,  
que ha de ser larga supone  
la conversacion, notando  
que hay vivas contextaciones.

Más atenta al conde mira,  
le hace una seña, y veloce,  
aunque con gran disimulo,  
de la sala retiróse,

De una danza numerosa  
que empezó la gente jóven  
á enredar aprovechando  
la confusion y el desórden.

Conoció al punto la seña  
el favorecido conde,  
que amantes favorecidos  
la mas pequeña conocen ;

Pero no son ellos solos :

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
tambien, ay ! de ellas se imponen  
los zelosos... el monarca  
la seña fatal recoge.

A salir Villamediana  
siguiendo su amado norte,  
iba por distinto lado  
del salon, cuando turbóle

El ver al rey furibundo,  
que con miradas atroces,  
ojos cual los de un fantasma,  
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,  
ni á dar un paso atrevióse,  
y trábó disimulando,  
un altercado con Lope.

—O—

#### ROMANCE IV.

FINAL.

En aquella galería,  
adornada de arabescos  
y follajes primorosos,  
con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica  
daba acia el jardin pequeño,  
en que el caballo de bronce  
estuvo por largo tiempo ;

Sin mas luz que la que esparce  
la luna en mitad del cielo,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
esperando á alguien la reina,  
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza  
y de la orquesta el estruendo,  
que los salones ocupa,  
oye resonar de léjos ;

Y aunque sabe que notada  
ha de ser su ausencia presto,  
por dar al conde un aviso  
atropella todos riesgos.

Siglos los instantes juzga  
con mortal desasosiego,  
y en el barandal dorado  
palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,  
inmóvil, oscuro, enhiesto,  
entre laureles y murtas,  
y tiembla infelice al verlo.

Alza á la pálida luna  
los ojos de llanto llenos,  
y se extravía su mente  
por precipicios horrendos.

—O—

Sin rumor y de puntillas,  
como fantasma ó espectro  
en el corredor entróse,  
la parte oscura siguiendo,

Un hombre embozado : llega  
por detras en gran silencio  
á la reina, que, de espaldas

estando, no puede verlo,

Y le tapa el noble rostro  
con dos manos como hielo,  
pero delicadas manos  
que agita un temblor lijero.

¿Quién pudiera aproximarse  
á dama de tal respeto,  
sino el amante dichoso  
con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,  
pues aunque al primer momento  
de sorpresa lanzó un grito,  
pronto sobre sí volviendo:

“Déjame, conde,” prorumpo  
con dulces lánguidos ecos;  
“no es esta ocasión de burlas,  
“pues es de infortunios tiempo.”

“Déjame, y escucha, conde.”—

Libre la dejan en esto  
las manos que la cegaban,  
y se encuentra sola, cielo!

Con su marido, que arroja  
por los ojos rabia y fuego.  
Queda la infeliz difunta;

mas tienen el privilegio

Las hembras del disimulo,  
y en los críticos encuentros  
mucho mayor agudeza  
que el hombre de mas ingenio.

Al oír que el rey pregunta

con voz como voz de infierno,

“Yo conde?... yo?”—En sí tornando  
la reina, responde presto

“Sí, señor, de Barcelona....

— y se complace mi pecho  
en tal título, afirmado

con vuestro poder y esfuerzo,”

“Después que habéis reprimido  
“la rebelion de aquel pueblo.”

Quedó pasmado el monarca:

“Discreta sois por extremo,

Repuso, y tras pausa leve,

“¿Mas qué infortunios tenemos?”—

Ya alentada la señora,

pues siempre el paso primero

Es el trabajoso, dijo:

“No faltan, señor, por cierto:

— “dígalos Flándes perdida,

“y de Nápoles los reinos,”

“Donde un ambicioso intenta  
arrebatarnos el cetro;

ó Milan, donde la peste,  
está tanto estrago haciendo;”

“Y Portugal vacilante,

“do traidores encubiertos”....

Aquí atajóla Filipo

con voz de lejano trueno:

“Basta pues, basta, señora;

sois francesa, bien lo veo;

tenéis interes muy grande

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.  
en mi honor y en el del reino.”

“Veréis que uno y otro al punto  
para aquietaros sostengo,  
y que lavaré con sangre  
la mancha que advierta en ellos.”—

Calló, y una atroz mirada  
con el rostro descompuesto,  
que pareció mas terrible  
de la luna á los reflejos,  
Clavó en la reina, mirada  
que destrozó aguda el seno  
de la infeliz, pues temblando  
cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno  
vuela ó se deshacé un sueño,  
desapareció el monarca :  
fué á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,  
que tuvo mágico efecto,  
pues salió de los tapices,  
al silbido obedeciendo,

Por una encubierta entrada  
un humilde balletero,  
cual espíritu maligno  
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto  
del rey : ambos un momento  
hablaron con tal sigilo,  
que el labio apénas movieron ;

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Solo al irse el confidente,  
se oyó decir al rey esto :

“Asegura bien el golpe,  
y si has de vivir, secreto.” y

—

Al sarao y á los salones  
tornó Filipo muy presto :  
aunque pálido el semblante,  
tranquilo y tal vez risueño,

Volvió á hablar al conde-duque,  
el cual como astuto y diestro,  
que su señor encubría,  
conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato  
anuncióse que en su lecho,  
la reina indispuesta estaba,  
y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,  
al son de los instrumentos,  
y á la confusion festiva,  
el mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto  
las actitudes y gestos  
dejaron de la alegría  
y tomaron los del duelo ;

Y á vaciarse los salones  
comenzaron del inmenso  
concurso, que los llenaba,  
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana confuso,

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

de inquietud funesta lleno,  
al retirarse saluda  
al monarca con respeto.

Y este con una sonrisa  
le deja aterrado y yerto ;  
mientras afable despide  
á los otros palacios.

—o—

De la desdichada reina  
la favorita corriendo  
sale por las antesalas,  
busca al conde sin aliento,

Penetra la muchedumbre,  
le hace señas desde lejos ;  
al fin le alcanza, va á hablarle,  
un papel lleva encubierto ;

Cuando se para y se hiela,  
al rey de repente viendo :  
tal queda liebre cobarde  
de la serpiente al aspecto.

El gran tropel que descende  
las escaleras, violento  
arrastra á Villamediana,  
que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...  
en la de Orgaz toma puesto,  
y ambos condes por las calles,  
(que aun no estaban cual las vemos,

Alumbradas con faróles)  
veloces van y en silencio.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Grita en una encrucijada  
una voz *Conde!* El cochero  
Pára al punto los caballos ;  
pregunta Orgaz desde dentro ;  
“ A cuál de los dos ? ” De afuera,  
“ Villamediana, ” dijeron.

Villamediana al estribo,  
juzgando que es mensajero  
de la reina quien le llama,  
sacó la cabeza y pecho ;

Y al punto se lo traspasa  
una daga de gran precio  
con tal furor, que á la espalda  
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche  
un mar de sangre vertiendo,  
y de su amigo en los brazos  
al instante quedó muerto.

—o—

## DON ALVARO DE LUNA.

### ROMANCE I.

#### LA VENTA.

En la ruta de Portillo  
y en las márgenes del Duero,  
hubo (aun escombros lo dicen)  
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana  
estaba sentado un lego